

EL HADA IMPRECISA

CUENTO ESCENICO EN OCHO CUADROS

original de GERARDO VALENCIA

PERSONAS:

La Princesa, el Mago, el Príncipe, el Chambelán, Florida, el Hada, el Halconero, Cazadores, niños, leñadores, cortesanos.
La acción en un reino feliz, fué ra del tiempo y del espacio.

I

La princesa hace girar su rueda junto a la ventana, en un pabellón de caza. Respetuosamente habla con ella el mago de la corte. Un pavorreal decora el alfeizar y hay flores y frutos que avanzan en las ramas y parecen invadir la habitación a través de las puertas.

Princesa.—¿Y si tú crees lo que del hada se cuenta, por qué no vas a buscarla?

Mago.—Soy viejo, hija mía. Tan viejo que he servido casi un siglo en esta corte.

Princesa.—¿Y debo creer que alguna vez has tenido poder para algo?

Mago.—Me injuriáis, alteza. Yo pronostiqué al abuelo del príncipe la época feliz para sus guerras y nunca fue vencido. Hace apenas cuarenta años el rey me encomendó trocar en pócima mortal el vino de su primo, y yo, a distancia, logré hacerlo. Y cuando murió el rey sin dejar descendencia yo señalé con mis

poderes mágicos al que debía sucederle, es decir, a su alteza vuestro esposo, el príncipe.

Princesa.—¡Bah! Guerras, muertes... vaticinios. Lo que ahora te pido es muy distinto. Si tú no eres capaz de hacer que el reino tenga un heredero, debes hallar y traerme a la que sí es capaz de lograrlo.

Mago.—¿La creéis capaz? Es una hada inexperta. Casi una niña.

Princesa.—¿Y qué? Su poder no tiene precedentes. Tú mismo has oído a los leñadores. A su conjuro las aves se tornan de cristal o de diamante. Las hachas se convierten en finos rayos de luz al hender los troncos; los ríos se vuelven pura melodía y en vez de agua arrastran música. No puedes negarme que nunca se vio poder semejante.

Mago.—¿Y qué queréis que haga?

Princesa.—Ir a buscarla. Decirle a tu vieja amiga con quien vive que es imprescindible que la haga venir. El príncipe se me escapa, amigo mío. Se me va cada instante más lejos porque nada he podido darle. ¿No comprendes que para él el amor no tiene realidad si no lo ve encarnado en un hijo tangible? Que yo sólo valgo como medio para prolongar sus sueños dinásticos? Y sin embargo yo le amo y quiero darle lo que desea.

Mago.—Florida, “mi vieja amiga”, como dice vuestra alteza, vive en lugares escondidos y no creo que conserve mucho dominio sobre la joven hada a quien recogiera hace quince años. ¿Cómo haré yo para cumplir vuestra misión?

Princesa.—No importa. Inténtalo. La que puede obrar prodigios tales como los que se cuentan, es la única que podrá darle vida y carne y aliento a mi deseo de madre.

(Se oyen trompetas y ruido de caballos).

Mago.—¡El príncipe!

Princesa.—¿Cómo es posible que haya regresado tan pronto? Generalmente sus partidas de caza duran semanas.

Mago.—Tal vez lo haya traído el remordimiento de abandonaros con tanta frecuencia, tal vez el hastío.

Princesa.—Ni lo uno ni lo otro. Ya veréis que algo se ha interpuesto en su camino y habremos de temer su cólera.

(Entra el príncipe seguido de un cortesano).

Mago.—*(Saludando)*: Dios guarde al noble príncipe.

Príncipe.—¿Aún vives, viejo haragán?

Cortesano.—Retírate.

Príncipe.—No. No te vayas. Precisamente quería hablarte.

Princesa.—Señor, no me habéis saludado.

Príncipe.—No estoy en ánimo de entregarme al amor. Si mi cólera no ha estallado es sólo porque ya había advertido tu presencia.

Mago.—Si su alteza tiene algo qué decirme...

Príncipe.—Sólo una palabra: ¿eres, sí o no, el mago de mi corte?

Mago.—Lo soy desde hace tres generaciones.

Príncipe.—Pues vas a demostrármelo. Es necesario que el hada nueva abandone para siempre estos bosques.

Cortesano.—Eso es, exactamente. Que abandone para siempre estos bosques.

Príncipe.—Cállate, cortesano. M eproduces el efecto de decir dos veces todos mis deseos.

Príncipe.—Y un príncipe no necesita repetir sus órdenes.

Mago.—Ya habéis expresado vuestro deseo, alteza. ¿Nada más tenéis qué decirme?

Príncipe.—¿Cuándo arrojarás de mis dominios a esa calamidad prodigiosa?

Princesa.—¿Por qué queréis alejarla? Si su poder es tan grande como dicen, grandes podrían ser también sus servicios al reino.

Príncipe.—¿Servicios? Lindos servicios me está prestando. Cuando avisoro un ave y me apresto a seguirla, el ave se torna de cristal. Si disparo una flecha se pierde en el espacio convertida en un rayo de luz. Esta mañana perseguí un ciervo hasta la orilla del río; y cuando los perros lo acosaban se convirtió de pronto en una estatua de diamante.

Cortesano.—Y los mejores perros perdieron sus colmillos y ya no servirán para la caza.

Príncipe.—Exacto. Y ni siquiera la sed pude apagar en el arroyo porque al inclinarme sobre él se convirtió en impalpable materia de música.

Mago.—Es asombroso. Ni en mis mejores tiempos logré realizar nada semejante.

Príncipe.—Pues ahora debes readquirir tus poderes para vencer a quien obra tan absurdos prodigios. Sencillamente se me persigue: ¿entiendes? Se persigue a tu príncipe y él nada puede hacer. De ti depende la felicidad de mi reino. (*Sale seguido del cortesano*).

Princesa.—Se ha ido y ni siquiera se despidió de mi.

Mago.—¿Qué hacer, princesa? ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo haré yo para alejar a la causante de su cólera?

Princesa.—Sólo hay un medio, mago. Ella nunca accederá a retirarse. Es necesario aplacar la cólera del príncipe congraciándolo con ella.

Mago.—¿Seguís pensando, entonces...?

Princesa.—Es tu única salvación posible. Y es la única manera también de que yo conserve su amor. Vé a buscarla. Tráta de recobrar un poco de tu antiguo poder y tráela. Tráela, por favor. Te va en ello tu vida y a mi me va en ello la felicidad.

Mago.—Está bien, alteza. Lo intentaré. ¡Pobre niña! Lo hago por vos, no por mi vida. Al fin y al cabo es tan corta, que podría parecer más pequeña que la del niño que está aún por nacer.

(*Música*).

II

UNA GRUTA EN EL BOSQUE

Florida.—¿Qué piensas hacer, niña mala? ¡Ya escuchaste lo que dijo el príncipe! Usará de todos sus poderes para arrojarte de su reino.

Hada.—No lo hará. No podrá hacerlo. Es verdad que es impetuoso, pero yo puedo más que él.

Florida.—Sé que lo amas. ¿Por qué entonces despertar su ira con tus juegos infantiles? Cuando lanzó su flecha sobre el ánade y tu hiciste del ave una estatuilla de jaspe, creí que iba a morir de furor.

Hada.—¿Y cuando el ciervo se hizo de diamante? No pude menos de reír.

Florida.—Y también deberás afrontar la ira de los leñadores. Vuelven sin leña al hogar por tu absurdo capricho de convertir sus hachas en inofensivos juegos de luz.

Hada.—(*Riendo*). ¡Y los pobres aguadores! Cada vez que sumergen sus cántaras, en lugar de agua sacan una sinfonía!

Florida.—Pero no puede beberse la música y van a perecer de sed! ¿Cuándo harás un uso razonable del inmenso poder que te acompaña?

Hada.—(*Seria*). ¿Quieres que te confiese una cosa? No es culpa mía.

Florida.—¿De quién entonces? Tuyo es el poder.

Hada.—¿No, me reñirás? Tráta de comprender un poco madrina.

Florida.—¿Comprendes qué? Has hecho cosas más graves todavía. Cosas que el cielo nunca habrá de perdonarte.

Hada.—(*Ingenua*) ¿Te refieres a lo del halconero?

Florida.—Claro está. Trocar un destino es muy serio. Bien sabías que el halconero estaba destinado a ser el príncipe.

Hada.—Y el príncipe el halconero. Lo sé. Pero ya te he dicho varias veces que no fue mi intención jugarle una mala pasada al mago de la corte. Simplemente me equivoqué. Ambos son hermosos, vigorosos y apuestos.

Florida.—Fue tu primera experiencia y no puedo ser demasiado severa. Pero bien claramente te advertí a quién deberías señalar con la vara del destino. Ambos dormían y soñaban. Sólo que el que tú designaste no soñaba con ser príncipe ni mucho menos. El otro sí.

Hada.—Pero ha sido un buen príncipe, no puedes negarlo. Y además la princesa es una linda princesa.

Florida.—Bien. Como nadie sabe, no hay peligro. Pero esa equivocación era ya suficiente. ¿Por qué jugar ahora con la naturaleza? ¿Qué persigues con ello? ¿Hostilizar al príncipe para vengarte de tu error?

Hada.—Eso quería confesarte, madrina. Yo no busco nada de eso voluntariamente. Yo no tengo culpa ninguna en lo que sucede.

Florida.—(*Alarmada*): ¿Quieres decir que el prodigio se obra por otra mano? Que no eres tú y tu poder...

Hada.—No, no es eso. Quiero decir que los deseos me vuelan de la frente sin sentirlos, sin quererlos. Que no busco nada por mí misma. Que son como pájaros que se desprenden de mi mente, como se desprenderían de las ramas ante una presencia extraña. Verás: voy por el bosque y de pronto aparece el príncipe. Y sin querer, quiero que un ave se vuelva de cristal, que un agua se convierta en música. ¿Comprendes?

Florida.—Y el prodigio se realiza.

Hada.—Siempre se realiza. ¿Qué puedo hacer? Cada cosa que veo tiene un instante de belleza: el ciervo que se retuerce desesperadamente en el ataque. El fruto que adquiere la plenitud de su sazón. Y entonces, un deseo vuela de mí misma, sin quererlo: el deseo de perpetuar esa belleza en una materia eterna.

Florida.—¿No comprendes que es un deseo de muerte? ¿Que

creas la belleza a costa de la vida? Y la vida, hija mía, es más bella que todo eso.

Hada.—Ya te he dicho que lo hago sin querer. Cada vez que salgo recuerdo tus reproches y me digo: sólo desearé tal y tal cosa. Pero es inútil. Yo misma me sorprendo al ver cómo surge el milagro y cómo el bosque se va volviendo un inmóvil instante de belleza.

Florida.—Maldito será tu poder si no puedes dominarlo. Ahora debes ir nuevamente a los sitios que recorriste esta mañana y formular contrarios tus deseos. Que no vuelvas a buscarme antes de que los ciervos sean ciervos de verdad y las aves hayan vuelto a arrullarse. Que nadie pueda quejarse de sed esta noche porque sus cántaros sólo alberguen sonido.

Hada.—Lo haré, madrina, lo haré. Pero yo sé de un hombre que prefiere embriagarse con la música a saciar su sed con el agua (*Sale*).

Mago.—¿Estás ya sola, Florida?

Florida.—¡Ah! ¿Pero eres tú? ¡Pobre mago! ¡Qué cansado se te ve! ¿También es cierto que tienes... cuántos años tienes?

Mago.—Una eternidad. Pero no hablemos de eso. Haz crecer un poco esta yerba para poder descansar.

Florida.—Ya no puedo hacer crecer las yerbas como antes. ¿Lo puedes tú?

Mago.—Cosas menores que esa escapan hace mucho tiempo a mi poder. Por eso vengo a solicitar tu ayuda.

Florida.—Nos hemos hecho viejos, mago. Somos iguales a los hombres.

Mago.—Pero tú recogiste a una niña que vive ahora contigo y de quien se cuentan extraordinarios prodigios. ¿Cómo se llama? Nadie sabe su nombre: le dicen simplemente el Hada Nueva.

Florida.—Difícil sería llamarla de otro modo.

Mago.—No te comprendo.

Florida.—Quiero decir que su deseo es tan voluble que cambia de nombre a cada instante. Yo misma no sé cómo llamarla.

Mago.—Sí. Se ve que es caprichosa en los prodigios que realiza. Pero esta vez se trata de algo grave y tú debes inducirla a que lo haga.

Florida.—¿De qué se trata?

Mago.—Tú sabes que la princesa no ha podido dar un heredero a nuestra príncipe.

Florida.—(*Despectiva*) Vuestro príncipe ¡Bah!

Mago.—(Sin hacer caso) Y la princesa quiere que el hada nueva vaya a verla. Que le ayude con su poderoso deseo a reforzar el suyo propio hasta que se logre una vida.

Florida.—Es una noble misión la que me encargas. ¿Pero querrá ella hacerlo? A lo mejor se le antoja que nazca un principito de cristal (*Risita*).

Mago.—Oh, no. Un hada tan joven no podrá menos de enterrecerse con las lágrimas de mi señora. La princesa, al fin y al cabo, es una mujer que busca defender su amor.

Florida.—Trataré de enviarle a mi ahijada. Pero no te aseguro que sea capaz de formular fuertemente ese deseo. Sus deseos, a ti puedo decirlo, son antojos fugaces y no verdaderos deseos.

Mago.—Confío, pues, en ti. Porque hay algo más: el príncipe me ha encargado desterrarla de sus dominios. Y si no lo hago perderé la vida.

Florida.—Bien poca cosa es quitarte la vida a ti, pobre viejo. Pero siempre vivimos en paz las hadas y los príncipes y comprendo que mi ahijada debe congraciarse con tu señor. Tal vez encuentra un medio de convencerla. Ya te avisaré. Quédate conmigo algunos días mientras se aplaca la cólera del príncipe.

Mago.—(Alarmado) ¡ Mi barba ! ¡ Mi barba ! ¡ Se ha convertido en un pedazo de cristal !

Florida.—No temas. Ya volverá a ser barba. Es que ella acaba de llegar.

III

OTRO SITIO EN EL BOSQUE

Hada.—¿ Por qué tan triste, halconero ?

Halconero.—Siempre vivo triste. Me duele que mis aves destruyan a las garzas.

Hada.—¿ Y qué haces aquí ?

Halconero.—Soñar. De pronto me quedo dormido contemplando las ramas y pienso: ¡ qué hermosas estarían con mil aves distintas ! Pero cuando me acerco, las aves se escapan y las ramas se mueven y pierden armonía.

Hada.—¿ Tal vez sea ese mi mismo pensamiento. Sólo que nunca lo he expresado !

Halconero.—¿ Sientes, pues, como yo ?

Hada.—Tú piensas y yo deseo, aunque no piense. ¿Sabes que eres hermoso como un príncipe?

Halconero.—¿Como un príncipe, has dicho?

Hada.—Eso he dicho. Pero no eres muy amable. Tuve que elogiar yo tu hermosura.

Halconero.—Porque creí estar soñando al contemplarte. Y no es necesario emplear las palabras para hacer el elogio de un sueño.

Hada.—¿Quieres decir...?

Halconero.—Que siempre te había soñado. Que casi estoy habituado a tu presencia.

Hada.—¿Es eso amor?

Halconero.—No le conozco otro nombre.

Hada.—Si no te lo pregunto...

Halconero.—Pero si te lo he dicho mil veces. Sólo que entonces eras un poco más real que ahora.

Hada.—Me desconciertas. Ahora es cuando soy una realidad. Dame tu mano: ¿no la sientes llena de mis cabellos?

Halconero.—Sí, tus cabellos.

Hada.—No cierres los ojos, hombre. Si verdaderamente estoy contigo.

Halconero.—¿Y tus labios!

Hada.—Aquí están. Tal vez sean para ti.

Halconero.—Podría... podría besarlos...

Hada.—Si abres los ojos, sí. No antes, porque entonces yo no sentiría tus besos.

Halconero.—¿Y desearías sentirlos?

Hada.—¿Qué cosas dices! ¡Claro que desearía sentirlos! Vén, acércate... acércate... un poco más...

Halconero.—¿Estás aquí, te siento: ya puedo abrir los ojos! (*Ella escapa*) Pero... ¿en dónde estás? ¿En dónde? ¿Qué se hicieron tus labios?

Hada.—(*Lejos*) ¡Cierra los ojos otra vez!

Halconero.—Ya lo decía yo... ya lo decía yo...

Hada.—(*Se acerca y lo besa*) Y ahora... ¿has sentido mis labios?

Halconero.—Ahora sí, ahora sí. ¡Me has besado! ¡No hay más realidad que la del sueño!

(*El hada desaparece*).

IV

EN EL PATIO DE LAS AVES

Príncipe.—¿Por qué dejas, halconero, que los neblíes anden en el corral? Echarás a perder mis halcones; porque es tiempo de la muda y ya deberían de estar enjaulados.

Halconero.—¿Pero no os da lástima, alteza, enjaular lindos animales? Mirad este de ojos pequeños, tristes y adormilados. Mirad sus patas verdes presas en la pihuela. ¿No os da un poco de lástima?

Príncipe.—¿Te has vuelto loco, halconero? ¿Cómo si no, adiestrarlos para que vuelen tras las garzas y vuelvan a mi enquantado puño?

Halconero.—Perdonad, alteza, pero ya no hay más garzas para que cacen los halcones, ni perdices para los azores, ni ánades para los sacres. No hay más presa para ellos que este señuelo con carne tierna, porque todas las aves se han vuelto de metal.

Príncipe.—Lo sé. Pero esa mágica locura terminará muy pronto. Cuída de los neblíes y no discutas mis órdenes.

Halconero.—Así se hará, alteza. Aunque confieso que esos prodigios que os irritan alegran mi corazón.

Príncipe.—¿Qué dices? ¿También flaquea tu razón?

Halconero.—Digo, señor, que prefiero la música al agua, la luz hendiendo los troncos, a la leña mezquina, la sangre de cristal de las garzas a la sangre roja que se derrama en las cacerías.

Príncipe.—¿Qué absurdo! De modo que si tu fueras el príncipe morirían de sed los campesinos y se arruinarían los leñadores.

Halconero.—Si yo fuera el príncipe, alteza, y os confieso que varias veces he soñado con serlo, los campesinos aprenderían a saciar su sed en los ríos musicales y los leñadores serían innecesarios porque habría en mis dominios fuegos de bronce.

Príncipe.—¿También a ti te han hechizado! ¿Tendré que buscar otro halconero! (*Sale*).

Hada.—Ya se fue el príncipe. Ahora podremos hablar.

Halconero.—¿Otra vez tú?

Hada.—No importata. Me gusta lo que has dicho. Quítales el capirote a esos halcones y los convertimos en espuma y esmeralda.

Halconero.—¿Para qué? Voy a perder mi cargo. Ya lo has oído.

Hada.—¿Tu cargo? ¡Vamos! ¡Tu sitio es el del príncipe! Si no hubiera sido por un pequeño error...

Halconero.—¿Qué dices? Yo siempre sueño con ser el príncipe. ¿Cómo lo sabes?

Hada.—Porque yo equivoqué tu destino. Pero no me odies por eso, que estoy dispuesta a enmendar mi error.

Halconero.—No te entiendo muy bien. Pero me gusta lo que dices. Si de un error se trata, ¿cómo podría enmendarse? Yo soy el halconero y él es el príncipe.

Hada.—Tú mismo me diste la clave hace un momento. Dijiste que todos, campesinos, cortesanos, leñadores, podrían acostumbrarse a un mundo nuevo. ¿Quién sino tú, guardián de las aves, podría reinar en ese mundo?

Halconero.—Es verdad. A mí me agrada este mundo de sueño. Si pudiera reinar sería mi reino eterno, porque en él nada viviría sino el instante detenido por la mano del hada milagrosa.

Hada.—Y si yo te dijera que esa mano es mi mano...

Halconero.—¿Cómo! ¿Tú?

Hada.—Yo sería tu reina.

Halconero.—¿De modo que fuiste tú quien equivocó mi destino y ahora tratas de remediar esa torpeza? Te lo agradezco, pero es inútil. Tal vez cuando muera el príncipe: pero tardará mucho.

Hada.—La verdad es que no queda tampoco esa esperanza. La princesa tendrá un hijo.

Halconero.—¡Véte, véte de aquí, hechicera! ¿Por qué te burlas de mí? ¿Qué persigues haciéndome soñar despierto? Nada puedes hacer: eres una pequeña, una insignificante hada caprichosa.

Hada.—No me reproches, halconero. Algo haré. Algo habrá de pasar. Estoy segura. No me guardes rencor, porque yo... yo... te amo, *príncipe*. Ahora sé lo que es un deseo. Ahora sé lo que es querer. Y todo lo que he hecho hasta hoy, nada valdrá en comparación con lo que voy a convertir en realidad.

Halconero.—Cualquier cosa que sea, no la hagas real. La matarías.

Hada.—Descuida. También los sueños son una realidad soñada. ¡Hasta la vista, príncipe!

EN EL SALON DEL PALACIO

Cortesano I.—Dios guarde a vuestra alteza por muchos años.

Princesa.—¿Todo el reino es tan feliz como yo lo soy?

Cortesano.—Todos lo somos, alteza.

Príncipe.—Nos hemos reunido aquí para honrar al más grande de los magos, al viejo mago de la corte, que venció a la más poderosa de las hadas.

Varios.—Dios guarde al mago de la corte.

Mago.—Su alteza es muy generoso conmigo.

Príncipe.—El reino lamentaba la falta de un heredero y ahora va a tenerlo.

Princesa.—Honremos por ella al hada joven que me ayudó con su deseo.

Príncipe.—Un caprichoso poder amenazaba hacer inhabitable el reino y ese poder está vencido. Las aves vuelan libremente en el aire, los ríos arrastran agua pura, el ruido de las hachas vuelve a retumbar en los bosques.

Princesa.—Ella hizo el mal y lo deshizo.

Príncipe.—¿Pero quién si no el mago logró que ella lo deshiciera? Yo os invito, cortesanos, a levantar esta copa en su honor.

Todos.—¡Salud! ¡Qué viva muchos años el mago de la corte!

Princesa.—¿Por qué no brindas tú, Chambelán?

Chambelán.—¡Ay, señora, he perdido el deseo de beber!

Cortesano.—¡Oid, oid a éste! ¡Dice que ha perdido el gusto por el vino! ¡Cuando todas las uvas del reino le parecían insuficientes para llenar su copa! (*Risas*).

Chambelán.—Sin embargo, es la verdad. También se cansa el hombre de beber los más ricos licores. Hemos vivido una época en que las cosas eran todas distintas, y el vino se nos congelaba en los labios como una caricia. Era la *eternidad* de un prodigioso instante de avidez. ¿Qué gusto puedo hallarle ahora al vulgar acto de beber? (*Aplausos*).

Príncipe.—Basta de discursos. El que se haya vuelto loco el Chambelán no es motivo para que aplaudáis sus necesidades. He ordenado beber por el mago de la corte y todos estáis obligados a hacerlo. ¡A su salud! (*Chocan las copas*). (*Silencio*).

Princesa.—¡Que comience la música!

Cortesano.—Eso es. Que comience la música (*Música de Corte*). (*Pausa*).

Chambelán.—¿No os parece que suena como un río?

Cortesano II.—¡Bah! ¡Es la música de siempre! No es como la otra. Como aquella que oí una mañana...

Chambelán.—Cuénta... cuénta...

Cortesano II.—Cabalgaba junto a las riberas del río, cuando sorprendí una bandada de ánades. Descaperucé mi azor y lo lancé sobre la presa. Las ánades burlaban, anegándose, a su perseguidor. De pronto, todo movimiento cesó. El azor quedó suspendido en pleno vuelo y nunca regresó a mi puño. Las ánades emprendieron una loca danza hasta quedar inmóviles, rendidas, y flotaron con las espumas y las piedras, que se hicieron leves como hojas marchitas. Yo mismo creí que nunca habría de despertar. Porque en aquel amanecer el río no arrastraba agua sino música, música...

Cortesano I.—¡Chist! Que puede oírnos el príncipe.

Cortesano II.—¡Y pensar que tales cosas han terminado para siempre!

VI.

EN EL BOSQUE

Halconero.—Por favor, no dejes que cese mi sueño: decías...

Hada.—Decía que tus manos nunca tuvieron que forjar cosa alguna. Tus manos caían al lado de tu cuerpo con la naturalidad con que crecen los lirios. Eso es: ¡eran dos lirios!

Halconero.—¡Dos lirios! ¡Sí. En eso se han convertido! ¡Pero no tienen la belleza de los lirios!

Hada.—Volverán, pues, a ser brazos vigorosos. ¿Estás satisfecho?

Halconero.—Sigue, sigue haciéndome soñar.

Hada.—Ya me cansa este continuo desear de tu mente. ¿Para qué deseas si no puedes realizar tus deseos?

Halconero.—Tú puedes realizarlos por mí. En verdad, somos uno solo. Yo deseo y tú ejecutas.

Hada.—(*Burlona*) ¡Qué buen príncipe serías! ¡Tú deseas y otros ejecutan tus órdenes!

Halconero.—¡No te burles! Otro dolor tengo, más hondo que el de haber torcido mi destino. Y ese dolor eres tú.

Hada.—¿Yo? No soy una mujer como las otras. Imagínate

que llegara a quererte; al estar en tus brazos podría volverme de aire, de pluma, de piedra... ¿qué sé yo? Podría dejarte abrazando a una sombra.

Halconero.—Pero tú me amas. Me lo has dicho tantas veces, que me has hecho creer en tu amor.

Hada.—Amo tu sueño, nada más. Si intentaras que se convirtiera en realidad habría dejado de amarte.

Halconero.—¡Oh, infinita tortura! ¡Desear sin esperanza! ¡Seguir el objeto de nuestro amor hasta el límite indeciso de una sonrisa! ¡Y cuando ello es posible, cuando nos situamos sobre la temblorosa línea que divide la realidad del deseo, retroceder por miedo a deshacer nuestro sueño!

Hada.—¡Cobarde!

Halconero.—¿Lo dices tú que amenazas con transformarte en aire?

Hada.—En aire, sí; pero vale la pena de intentar esa aventura. A veces los caminos de la realidad llevan al sueño.

Halconero.—¡No me tortures más! No quiero oír de tus labios esa fatídica palabra que mata mis esperanzas de reinar. Realidad... realidad... A veces pienso que amas al falso príncipe.

Hada.—Lo amo y lo odio. Pero sé que todos terminarán odiándolo. Acércate un poco más a aquellos troncos y escúcha lo que dicen los leñadores (*Pausa*).

Leñador I.—Estoy rendido de fatiga; todos los días la misma labor. ¿Para qué? Para tener un poco de fuego en nuestros hogares.

Leñador II.—¡Cuánto mejor sería una llama que no se consumiera!

Leñador I.—¿Además, para qué maltratar los árboles? Todavía recuerdo aquellos días en que se hicieron transparentes y podíamos ver su savia como una pálida columna que sostenía su corazón.

Leñador II.—¡Oh, sí! Desde entonces cortar un árbol es como dar muerte a un niño.

Leñador I.—¿Y qué dices del agua? Mi mujer tiene que pasarla por un tamiz todos los días: hojas, arenas, y hasta excrementos de animales se mezclan a ella.

Leñador II.—¡Cuánto mejor el agua seca y rumorosa que arrastraban los torrentes de música!

Leñador I.—¿Piensas, pues, que el príncipe hizo mal en obligar al hada prodigiosa a deshacer sus encantamientos?

Leñador II.—¡Hizo mal, hizo mal! Si nada vive, también nuestra fatiga se detiene y se calman nuestras necesidades.

Halconero.—Si eso piensan... si sienten como yo...

Hada.—Es tu momento. El mismo mago de quien suelo burlarme algunas veces, halló muy cómodo que convirtiera su vestido en corteza, de modo que nunca más tuvo qué desnudarse (*Ríe*).

Halconero.—¿Crees que debo hablarles?

Hada.—Por esta vez tu palabra tendrá el efecto mágico de mis deseos. Vosotros los hombres también tenéis vuestra varita mágica en el dón de la palabra. Y mientras más hueca sea esa vara, mejor que mejor.

Halconero.—Les hablaré. ¿Qué harás tú?

Hada.—Ir tras de tus palabras. Y a su influjo dejaré escapar mis deseos como les venga en gana (*Pausa*).

Halconero.—¡Eh, tú, leñador! ¿No quieres que las cosas vuelvan al estado de antes?

Leñador.—¿Quién podría lograrlo? No serás tú, seguramente, halconero.

Hada.—Díle quién eres.

Halconero.—Yo puedo hacerlo. Vosotros, pobres leñadores, seguís viendo en mí al guardián de las aves. Pero fijaos bien: yo... yo... soy el príncipe.

Leñadores.—(Asombrados) ¡El príncipe!

Hada.—(*Triunfante*). Un simple juego para mí ha sido el cambiar sus vestidos!

Halconero.—¿Me seguiréis ahora?

Leñador I.—¿Quién puede asegurarnos que no hay engaño en esto? A lo mejor renunciamos a nuestro verdadero príncipe y la realidad seguirá reinando.

Hada.—¡Pobrecillos! No véis más allá de la rutina de ver. ¡Alzad la vista al ave que pasa en este instante!

Leñador II.—¡S eha detenido! ¡Es lo mismo que antes!

Hada.—¡Mirad ahora el árbol que habéis herido!

Leñador II.—Se diría un fino encaje su palacio interior.

Halconero.—¿Os decidís, al fin?

Leñador I.—Todavía veo moverse el arroyo y vacilar la hierba y deshojarse las flores.

Hada.—Todo, todo eso cesará; la rosa dejará de ser efímera; la hierba mantendrá inmóviles sus puntas de esmeralda. Y el arroyo... sumerge en él las manos, incrédulo: ¿lo ves? Sólo

cantan sus arpas agitadas. Pero tus manos están secas... secas... y suaves, como si fueran de cristal.

VII

EN EL JARDIN DE PALACIO

Mago.—¡Señora, yo no tengo la culpa! No sólo se han convertido mis ropas en una fina corteza vegetal y mi barba en espuma de ámbar y mis uñas en pequeños escarabajos de oro, sino que cuando digo una palabra queda dibujada en el aire como cuando se escriben signos con el humo de los sahumeros. Por eso el príncipe ya no hace otra cosa que leer en todos los rincones de palacio las maldiciones que de vez en cuando le dedico.

Princesa.—Hablé esta mañana con Florida, el hada vieja, y accedió a intervenir en tu favor.

Mago.—Ya es tarde, niña. Para todos es tarde, menos para vos. Los prodigios de antes vuelven a obrarse otra vez. Y los leñadores han proclamado príncipe al halconero.

Princesa.—¡Es horrible! Si la vida se detuviera en mí... si mi hijo... (*Llora*).

Mago.—Hay que evitarlo. ¿Pero cómo? El príncipe no me atenderá a mí. Si le pidiera un corcel para que huyerais se acordaría inmediatamente que una vez yo le llamé *caballo*.

Princesa.—Chocheas, mi viejo mago. El no puede dejar que perezca en mí su hijo. El facilitará mi fuga.

Príncipe.—¿De qué fuga estáis hablando? Nadie se fugará. Menos aún ese viejo miserable que parece un tronco renegrido.

Mago.—Renegrido no, alteza, que ahora que el agua escasea cada vez más, yo soy el único que puedo bañarme.

Princesa.—¿Has descubierto algún manantial de agua verdadera?

Mago.—Empleo la palabra *baño* por costumbre. En realidad me aseo con un cuchillo.

Príncipe.—¿No han llegado aún los cortesanos?

Mago.—Lamento informarle a vuestra alteza que su molicie los ha llevado a preferir las promesas del halconero.

Príncipe.—¿Estoy, pues, solo?

Princesa.—Estamos los tres.

Príncipe.—Tú no cuentas: tú eres una débil mujer.

Princesa.—Pero conmigo está la vida, tu vida. Imagínate que algo te sucediera! Qué sería de mí, y de él... de él...

Príncipe.—Tienes razón. Yo esperaré solo al pueblo amotinado. Tú cuida de mi hijo. Véte a las cuevas del castillo. Tú, viejo traidor, acompáñala. Y trata de no rodar por las escaleras porque si llegas a caer en manos de ellos te partirán como leña.

(Ruido de muchedumbre que se acerca).

Princesa.—Ya están aquí.

Príncipe.—¡Véte!

Princesa.—¡No. No puedo dejarte solo! ¡A mí me respetarán!

Príncipe.—Te he dicho que bajes a la cava! ¡Yo sabré vencerlos! Luégo bajaré a buscarte.

(Crece el rumor).

Mago.—Vamos, niña. No tenéis derecho a permanecer aquí.

Princesa.—*(Alejándose)* Guárdate bien, guárdate bien: no olvides que te amo... que te amo...

Príncipe.—Sí, lo sé. Es la única realidad que resta ya en mi vida. Húyete, princesa mía, porque yo también soy culpable de haberla despreciado.

(Crece el murmullo y entran los cortesanos y los campesinos).

Halconero.—Venimos a pedirnos que abandonéis el reino.

Príncipe.—¿Con qué derecho lo pedís? Desde siempre el príncipe es quien exige y quien domina.

Halconero.—¡No. No es verdad! ¿Quién sois vos para mandarnos? Un hábito de nuestros ojos que se acostumbraron a ver sobre vos las antiguas insignias del mando; una voluntad áspera y dura que se interpuso siempre entre el mundo y nuestros deseos; un príncipe que siempre creímos de verdad porque aún dudábamos del sueño.

Varios.—Has dicho bien, halconero.

Príncipe.—¿Y qué títulos tienes tú para reemplazarme?

Halconero.—Los hombres que me siguen. Su voluntad, que tú habías violentado, se deja llevar ahora en la dirección fácil y natural de sus inclinaciones.

Príncipe.—¡Cobardes!

Halconero.—Cortesanos y leñadores, palafreneros y heraldos, todos me siguen.

Príncipe.—Bien veo que a todos has engañado. Pero no a mí. Es verdad que yo soy el dominio áspero y colérico. Verdad es que por mí se trabaja y se sufre. También es cierto que yo soy el dolor y el castigo...

Halconero.—Y la muerte.

Príncipe.—Y la muerte. Pero también soy la vida. ¿Cómo sin

mí podrías gobernar el reino? ¿Cómo podrían existir los placeres si yo no diera los dolores? ¿Cómo nacerían más árboles si el hacha no abriera el campo a los arbustos nacientes? ¿Cómo existiría el triunfo si no pasarais vuestra vida luchando contra mi tiranía? Yo soy la voluntad inteligente que adiestra a las aves de presa para hacer certero y provechoso su instinto. Soy el caos del deseo que vosotros tenéis que ordenar diariamente para vuestro provecho. No soy esa cosa imprecisa que mata lo que ama al inmovilizarlo infantilmente en un instante de belleza. Lo bello, amigos míos, está en el movimiento, en el dolor, en la lucha, no en ese mundo fácil que os ofrece quien por ser guardián de aves quiere imitar su vuelo. ¡Atrás! ¡Atrás, os digo! Y tú, hada imprecisa que no acertaste a señalar bien los destinos, véte a tu mundo incomprensible y no tientes más a estos hombres que quieren seguir siéndolo!

Halconero.—Tampoco es mundo fácil el nuestro. Yo mismo necesito esforzarme para creer en él. Hemos vivido tanto tiempo sujetos a vuestra tiranía que no hay sitio ni ocasión en que vuestra fuerza no se interponga para destruir nuestro sueño.

Príncipe.—¡Mi fuerza! Luego no sois capaces de vencerla.

Leñador I.—Con sólo cerrar los ojos podemos matarte.

Niño.—Yo no necesito cerrarlos. Para mí el príncipe no existe.

Hada.—¡Locos! ¿Si no existiera, cómo desconocerlo?

Príncipe.—Eso es. Aquí estoy. Existo. Podéis dejar de verme pero tropezaréis conmigo en medio de todas vuestras fantasías.

Halconero.—Aun así, ¿qué importa que nos hieras? Si con los ojos cerrados tu cólera puede parecernos bondad; si al tropezar contigo podemos retroceder hacia nosotros mismos y eludirte encerrados en nuestra inexpugnable fortaleza! Dices que eres la vida. ¿Pero es que sólo hay una? ¿Existe algo más inútil que este río de la sangre que la conserva en un círculo sin fin? ¿Quién, pudiéndolo, se negaría a eternizar el instante de su plenitud? ¿Quién, pudiendo gozar despierto de la dicha del sueño, no se escaparía del tiempo y del espacio para vivir un solo instante de ilógica maravilla?

Príncipe.—¡Cobardes, más que cobardes! ¡Os pondrías a llorar pensando en vuestra infancia, y os pondrías a llorar pensando en vuestra muerte! ¡Y entre esos dos extremos, no sois capaces de sentir la lucha de la sangre apasionada por abrirse un

camino! ¡La dicha del descanso en el sueño, las dos alas de sol y de penumbra que nos conducen a través de la vida verdadera!

Hada.—¡Qué hermoso está en su cólera! ¡Así... así... debes quedar para siempre... estatua maravillosa en este maravilloso jardín! (*Efecto*).

Cortesano.—¿Qué has hecho? ¿Le has quitado la vida?

Hada.—¿No os parece muy hermoso así, con el brazo en alto y los ojos encendidos de ira?

Leñador II.—Pero es que nosotros lo hemos pensado mejor. Y lo que él dijo... lo que él dijo... parece ser la verdad.

Cortesano.—Era la verdad.

Niño.—¡Yo quiero crecer! ¡Yo quiero crecer!

Halconero.—Oh, hermosa mía; ¿no puedes deshacer todo esto?

Hada.—Eres príncipe ya. Toda la vida habías soñado con serlo. El otro es una bella estatua que adornará tu jardín.

Halconero.—Sí... pero no quiero ser un príncipe sin súbditos. Ahora que lo soy, comprendo que si todo ha de transformarse a tu capricho mi reino ha de tener menos realidad que antes.

Hada.—También tú. No... seguirás viviendo... todos seguiréis viviendo por algunas horas. Necesito que contempléis, antes de convertirlos en estatuas semejantes a ésta, qué mundo bello voy a hacer! ¡Sorprenderé en todas las cosas el instante perfecto! Por favor, reñid, bailad, haced algo, cortesanos y leñadores! ¡No podría immortalizaros con esa cara de imbéciles! Sorprenderé al palafrenero en medio de sus corceles! Al príncipe halconero con un azor en el puño. Al leñador cuando aseste un golpe poderoso con su hacha; así... así... No puede ser de otra manera.

Halconero.—¿Y tú?

Hada.—Yo seré... déjame pensar: yo seré el aire que circunda todo esto. Nadie quedará para verme. Pero todos me sentiréis como una caricia. ¡Como una caricia sin fin!

VIII

EN UN PARAJE DEL BOSQUE

Mago.—Apresuraos, niña. La misma Florida no pudo abrir los ojos cuando bordeamos su escondrijo. No se escucha el más leve rumor. Todo ha muerto, menos los dos.

Princesa.—Me es difícil avanzar. Cada vez los pasos se quedan más largo tiempo sobre la tierra. ¿No te sucede lo mismo?

Mago.—Sí. Se diría que tengo de piedra los pies.

Princesa.—Pero yo llevo una vida que no me pertenece. No puedo dejarme dominar por esta atmósfera de plomo. Es la última vida.

Mago.—¡ Oh, alteza! ¡ Qué bien se veía el príncipe al resplandor de la luna! ¡ Ningún escultor hubiera podido forjar estatua tan perfecta!

Princesa.—¡ Me lo has dicho ya varias veces! Bien veo que todo lo que dejamos atrás te fascina. Aún yo... yo hubiera deseado abrazarme a sus rodillas de bronce y morir.

Mago.—Pero tenéis valor.

Princesa.—Las últimas gotas de agua que cayeron en el reino fueron mis lágrimas.

Mago.—¡ Agua, decís? Miradlas: ¡ perlas! Yo las recogí.

Princesa.—¡ Tardaremos mucho en llegar!

Mago.—Poco falta ya. A cien pasos de aquí corre el último río de música. Al pasarlo, tu hijo se habrá salvado.

Princesa.—Vamos, pues. Siento con la esperanza nuevas fuerzas. ¡ Mis pasos se hacen más ligeros!

Mago.—¡ Volveréis algún día?

Princesa.—Mi hijo volverá.

Mago.—Quizás, si vuelve, se convierta también en una estatua de metal.

Princesa.—No. Yo lo enseñaré a luchar contra el hechizo. Si es necesario, le indicaré que la misma estatua de su padre puede fundirse para forjar escudos.

Mago.—Pero tendrá que atravesar todo el país embrujado.

Princesa.—Atravesarlo, sí. Pero no sucumbir a su hechizo.

Mago.—Hemos llegado ya. Aquí debemos despedirnos.

Princesa.—¡ Cómo es posible? ¡ Me abandonas?

Mago.—Tratad de comprender, princesa. El mundo que dejamos atrás es mi mundo. No importa que ahora yo no pueda obrar prodigios. En un tiempo los obré y sigo siendo un mago.

Princesa.—Adiós, pues. Piénsa alguna vez en mí.

Mago.—Siempre pensaré en vos y en vuestro gesto y en la manera que teníais de reír y de llorar. Porque yo seré el único ser del reino que continuará viviendo. Tal vez por ser tan viejo, el hada no se apiadó de mí y me dejó arrastrar la miseria de este cuerpo grotesco y confundirme con la tierra el día que llegue mi hora.

Princesa.—Sin embargo eres el más feliz.

Mago.—No. La más feliz sois vos, que tenéis el derecho a sufrir para que se conserve la vida. Seguid... un paso no más... no temáis... Arrojaos al torrente de música, que yo sé que llegaréis.

Princesa.—Adiós, país inmóvil, reino de fantasía... Adiós, príncipe y tirano mío a quien sin embargo yo amaba, adiós, pobre halconero que mató su sueño al alcanzarlo. Adiós... hada imprecisa que me dio voluntad para lograr un hijo... Adiós, pobres leñadores, que nunca más sabrán el placer del esfuerzo... Adiós, menguados cortesanos, frutos de la molicie. Adiós, tierra, buena tierra mía, que ahora no palpita con la germinación de la semilla. Adiós... amigo mío... Mago impotente... que sin embargo has hecho el milagro de mi salvación (*Desaparece*).

Mago.—Llegará... ¡yo sé que llegará! Pero yo... ¡Maldito sea el reino de la muerte!

FIN